

Las lámparas de grasa de león marino colgadas en los muelles apenas lograban arrancar débiles halos de luz que temblaban, impotentes, ante la vastedad de la noche en Messantia. Las sombras parecían adueñarse de todo, ocultando los secretos y las miserias de la noche. Un bullicio inquietante, casi insondable, vibraba bajo el peso de las tinieblas nocturnas. El agua negra del puerto absorbía los destellos de embarcaciones lejanas, como ojos insomnes en la penumbra. Con cada murmullo, el viento traía consigo una mezcla de sal, podredumbre de algas y el agrio hedor del pescado olvidado.

El ulular del viento se convertía en un coro de presagios, un murmullo interminable que arrastraba consigo voces lejanas, ahogadas y deformadas. Las gaviotas revoloteaban invisibles en la penumbra, con sus gritos estridentes parecidos al chillido de almas atormentadas.

Desde las tabernas cercanas al muelle, surgía el retumbo de voces rudas, cargadas de maldiciones y risas quebradas; una música tosca que se fundía con los sonidos más profundos del puerto. Se escuchaba el crujir de drizas que gemían bajo la presión de enormes velas plegadas, el golpe sordo de barriles rodando sobre las tablas húmedas. También resonaba el quejido gutural de los cascos de los barcos, que oscilaban cual bestias dormidas y crujían como si protestaran bajo el peso de la oscuridad. Los mástiles se erguían en silencio como negros obeliscos que señalaban al cielo indiferente.

Cada esquina de aquel laberinto vibraba con un pulso oscuro. Las paredes de piedra, cubiertas de hollín y salitre, parecían susurrar historias de vidas perdidas, mientras los adoquines desgastados guardaban las huellas de pasos y cuchilladas que no dejarían testigos. Los adoquines desgastados por incontables pasos eran testigos silenciosos de secretos susurrados que jamás verían la luz del día y de cuchilladas rápidas y

precisas que habían finalizado abruptamente no pocas disputas.

Messantia no era un puerto cualquiera. En sus dársenas desgastadas se cruzaban corsarios de miradas gélidas, mercaderes con las bolsas llenas de ganancias ilícitas y marineros curtidos por tormentas y guerras. También estaban los despojos humanos, almas rotas consumidas por un pasado implacable, buscando refugio en el vino o la lujuria. Pero en ese refugio no había redención, solo un descenso inexorable hacia las sombras.

A todos los unía la lucha por sobrevivir en un mundo donde el acero era la ley, y el oro la única verdad. También había otras figuras que pasaban desapercibidas a ojos inexpertos, sombras silenciosas que eran señales de intrigas ocultas, de pactos sellados bajo la luna y de peligros que acechaban justo más allá de la vista. La débil iluminación arrancaba destellos crueles del acero desnudo de espadas y cuchillos que colgaban de los cinturones de los bribones; armas que no eran simples ornamentos, sino instrumentos curtidos en el filo de la necesidad, la codicia y la violencia.

Había algo más en aquel ajetreo, algo que se arrastraba entre los callejones del puerto: rumores. No eran meras habladurías de taberna o invenciones de marineros ebrios; eran ecos de destinos sellados con sangre, de promesas quebradas por danzas de cuchillos mellados, de perfidias tejidas en la penumbra húmeda de bodegas y camarotes. En cada palabra flotaba la promesa de riquezas incalculables, el brillo de tesoros inimaginables ocultos en ruinas olvidadas por los hombres y los dioses. Pero esas mismas promesas iban siempre acompañadas del sutil aroma del peligro y el espectro constante de una muerte acechante en cada sombra.

En este ambiente cargado de tensión, las líneas entre víctimas y verdugos eran tan delgadas como el filo de un cuchillo. Cada hombre, mujer o sombra sabía que el equilibrio podía romperse en un instante. La

única constancia en Messantia era el peligro. No ofrecía amparo, solo la promesa implícita de que quién no estuviera preparado para luchar, negociar o morir, sería devorado irremediablemente por la oscuridad que se filtraba en cada rincón.

La ciudad portuaria, como un dios indiferente, no juzgaba. Solo observaba con frialdad el incesante ciclo de vida y muerte entre sus sombras.

En el tumulto desbordante de los muelles, Conan caminaba con la seguridad instintiva de un depredador en su terreno de caza. Había llegado a Messantia tras rumores de tesoros exóticos alojados en las panzas de los barcos mercantes que llegaban de los confines del mundo. El puerto era solo el primer paso en su caza. Aunque no buscaba llamar la atención, su imponente figura se abría paso entre la multitud, como el filo de una espada cortando el aire. Sus botas de cuero curtido por incontables jornadas en montañas, desiertos y campos de batalla, golpeaban el adoquinado húmedo con un ritmo constante y pesado, evocando un eco de tambores de guerra en los oídos de quienes se cruzaban con él. Su melena negra caía en mechones desordenados sobre sus anchos hombros y enmarcaba un rostro esculpido por la dureza de una vida vivida sin tregua. Las cicatrices que surcaban su mandíbula y frente hablaban de batallas ganadas, mientras que su boca, que podía torcerse en una sonrisa sardónica o endurecerse en una mueca de furia, dejaba entrever el carácter impredecible que lo hacía tan temido como respetado.

Pero lo que más intimidaba a quienes cruzaban su camino eran sus ojos. Azules, profundos y fríos como los glaciares que cubrían las cimas más altas de las Montañas Eiglofianas, no reflejaban emoción alguna, solo una implacable vigilancia. Conan no miraba, escudriñaba, y cada sombra, cada rostro y cada movimiento que caía bajo su mirada eran evaluados con

instinto salvaje. Esa habilidad para leer el peligro en los ojos ajenos le había permitido salir con vida de arenas de gladiadores, fortalezas asediadas y tierras cuyos nombres eran susurrados con temor incluso en Messantia.

Los hombres se apartaban a su paso. Algunos murmuraban en voz baja, otros evitaban cruzar su mirada con la suya. No era solo su tamaño ni la espada que colgaba de su costado lo que los inquietaba, sino un instinto más profundo, casi animal, que les advertía que el cimmerico era algo más elemental y peligroso. No era un buscavidas ni un criminal común. Su presencia era suficiente para tensar el aire, una amenaza latente que parecía inscrita en la forma de sus movimientos, en el brillo helado de sus ojos y en la calma letal que lo rodeaba. Su fama lo precedía, viajando más rápido que los barbos que cruzaban los mares. Incluso aquellos que nunca habían visto su rostro habían oído relatos de sus hazañas: saqueador de ciudades, guerrero invencible, asesino despiadado. Hablaban de un hombre que podía enfrentarse a ejércitos enteros y salir victorioso, alguien cuya voluntad era tan inquebrantable como el acero forjado en Cimmeria.

Conan avanzaba, indiferente al caos que lo rodeaba. Las carcajadas ebrias, los murmullos de negocios ilícitos y los gritos de disputa llegaban a sus oídos como un zumbido lejano, apenas digno de su atención. Sabía que Messantia era un lugar donde los hombres vivían y morían por una moneda o una palabra mal dicha, pero para él, ese caos era un terreno fértil para sus propios fines. Había llegado allí con un propósito, y mientras sus ojos escrutaban el entorno, su mente ya trazaba el plan que lo conduciría a su objetivo... o a desatar una tormenta de acero y sangre si alguien se atrevía a interponerse en su camino.

La banda que había reclutado aguardaba entre los esqueletos de viejas embarcaciones y redes olvidadas, sombras al acecho en el corazón de la noche. Eran hombres curtidos en años de violencia, traiciones y

desesperación. Ratas de los puertos más infectos de Zingara y Argos, de los desiertos abrasadores de Shem, de los picos salvajes de las montañas de Koth y de otros lugares donde la vida era tan barata como una rebanada de pan rancio. Entre ellos destacaban figuras como un tuerto shemita, cuya mano jamás se apartaba del pomo de su cimitarra; un desertor kothio, aún cubierto por jirones de su vieja armadura imperial; y un hombre de cabello gris que no había pronunciado una palabra desde su llegada. Sus ojos brillaban con codicia al imaginar el botín que les esperaba, mientras sus dedos tamborileaban con ansias sobre los pomos de sus dagas y espadas.

Conan los había elegido con cuidado. Sabía que un golpe como este no admitía cobardes ni hombres encadenados a su conciencia. Necesitaba forajidos acostumbrados al filo de la espada, al rugir del mar y a la cercanía de la muerte. Pero también sabía que la lealtad de esos hombres era volátil, tan inestable como el fuego de una antorcha al viento. Eran suyos mientras las promesas de oro y botín permanecieran intactas. Si alguna vez flaqueaba, no dudarían en girar sus hojas contra él.

Cuando llegó hasta ellos, un saludo parco fue suficiente. Sus reclutas le lanzaron preguntas impacientes sobre los detalles del golpe, pero el cimmerico alzó una mano para imponer silencio. De pie entre ellos, era un contraste absoluto. Mientras los demás parloteaban en voz baja o intercambiaban risotadas nerviosas cargadas de codicia, Conan permanecía inmóvil, como una estatua de bronce, con los brazos cruzados sobre su pecho ancho y los ojos clavados en un navío mercante anclado a lo lejos. Su mente trabajaba con precisión despiadada, desentrañando cada detalle: las luces que titilaban en cubierta, el movimiento fugaz de una ballesta cargada en la penumbra y las posibles rutas de abordaje que la oscuridad podía ofrecer. Sabía que los mercaderes con semejantes riquezas rara vez eran ingenuos. Los hombres que protegían aquellos barcos eran

tan despiadados como los que planeaban saquearlos.

El sonido de su respiración, tranquilo y controlado, parecía disipar por un instante el nerviosismo que se acumulaba como una tormenta en los hombres que lo rodeaban. No confiaba en ellos, ni en sus palabras, ni en sus manos inquietas, ni siquiera en la avidez que los había atraído a este golpe. Para él, no eran más que lobos famélicos, traicioneros por naturaleza. Pero también sabía que su reputación los mantenía a raya, y que ninguno en ese grupo deseaba ser el primero en probar la furia del cimmerico.

La perfidia no le preocupaba. Para Conan, la traición no era un temor, sino una certeza con la que había convivido toda su vida. Era tan común como el oro que cambiaba de manos o el filo de una espada desenvainada en la noche. Si alguno de esos hombres osaba girar sus armas contra él, lo despacharía tan rápido como los había reclutado. No había cabida para dudas. Por ahora, sin embargo, la promesa de riquezas y saqueo los mantenía unidos en una tregua frágil. Esa codicia compartida era todo lo que necesitaba, al menos por ahora.

El viento nocturno agitaba su melena negra y revuelta, arrastrando consigo el aliento salobre del mar. Ese olor, húmedo y penetrante, parecía aferrarse a la piel y a las ropas de los hombres como una capa invisible. Se mezclaba con el hedor agrio del sudor que rezumaba de sus cuerpos tensos, y con el rancio tufo de los aceites quemados que alimentaban las linternas de los muelles. El murmullo de las olas llenaba el aire, constante y monótono, como el latido de un corazón inmenso e indiferente. A Conan le parecía que el propio mar esperaba, paciente, el inevitable derramamiento de sangre. Sabía que las aguas nunca dormían, nunca juzgaban ni tomaban partido. Solo recibían vidas, sangre y tesoros, indiferentes al destino de los hombres que se aventuraban en ellas.

De repente, el viento le trajo el crujido rítmico de las maderas del barco mercante, un sonido leve pero constante, acompañado del murmullo apagado de los vigías que patrullaban la cubierta. Conan estrechó los ojos. No iba a ser fácil. El oro nunca se tomaba sin lucha, y no esperaba menos. Sus dedos, fuertes y curtidos, se posaron brevemente sobre la empuñadura de su espada, como un depredador que acaricia sus garras antes de un ataque.

Para Conan, liderar no era un privilegio ni un honor; era una carga que soportaba con la misma estoica resignación con la que enfrentaba el filo de las espadas enemigas. No lideraba porque quisiera, sino porque las circunstancias lo obligaban, una y otra vez, a asumir el papel del comandante. Y aunque su presencia imponía respeto y temor, en el fondo sabía que era un lobo solitario, siempre lo había sido y siempre lo sería. En el momento decisivo, sería su fuerza y su instinto lo que lo salvaría, no la lealtad de esos hombres que ahora lo seguían.

La luna iluminaba tenuemente las aguas del puerto, y el cimmerio supo, con la certeza de un guerrero que conoce el destino, que antes del amanecer, la cubierta de ese barco mercante sería un campo de muerte. Porque allí donde Conan caminaba, la violencia no era una opción: era una promesa.

Algo se agitaba en lo más profundo de su alma, donde las emociones rara vez encontraban refugio, un eco sordo como el trueno lejano que reverbera entre las montañas de su infancia. Las vidas de aquellos hombres que lo rodeaban no significaban más para él que el zumbido de un mosquito o el aullido distante de un chacal en la noche. Pero, en lo más primitivo de su ser, comprendía algo que no podía ignorar: liderar una manada, aunque fuera de traidores y descastados, despertaba en él una fuerza instintiva, algo que trascendía la razón. Era la conexión natural de

un lobo alfa con su jauría, no elegida por voluntad, sino impuesta por la misma naturaleza.

Sin embargo, Conan no reflexionó más. Los pensamientos de esa índole no eran para un hombre como él, curtido en la rudeza de Cimmeria, donde la contemplación daba paso al acero y las emociones eran enterradas bajo el peso de la supervivencia. Aun así, aquella chispa de comprensión quedó oculta en los rincones más oscuros de su alma, alimentando, sin que él lo notara, la misma fuerza que lo había impulsado desde su niñez: la voluntad de imponerse no solo sobre sus enemigos, sino sobre las circunstancias que lo rodeaban. Pero esas ideas jamás alcanzaban su rostro. La máscara impenetrable que portaba, dura como el hierro frío, seguía inmutable.

Conan era una paradoja viviente: una fuerza física capaz de doblegar a cualquier hombre contrastada con la precisión despiadada de una mente que operaba como una máquina de guerra. Sus ojos recorrían la oscura silueta del navío mercante, ahora casi tragada por las sombras que tejía la luna, evaluando cada posibilidad, cada detalle. Las sombras de los vigías que patrullaban la cubierta, el número de linternas que iluminaban el barco, la inclinación del mástil, incluso el vaivén rítmico de las olas contra el casco, eran piezas de un rompecabezas que ensamblaba con la meticulosidad de un artesano del caos. Para Conan, no había lugar para la duda; la incertidumbre era un lujo que solo los muertos podían permitirse.

Detrás de él, los murmullos inquietos de los hombres comenzaron a extinguirse. Algo en el silencio del cimmerio imponía un respeto que ninguno de ellos entendía del todo. Conan, alzando la cabeza apenas un instante, gruñó con voz baja pero cortante, como el filo de una daga atravesando la oscuridad:

—Silencio.

La palabra desgarró el aire, y los hombres callaron de inmediato. Lo miraron con una mezcla de respeto y temor, como si en cualquier momento pudiera volverse contra ellos con la misma ferocidad que dirigía hacia sus enemigos. Conan señaló el barco con un leve movimiento de la cabeza.

—Las riquezas de ese barco no esperarán por siempre. Preparad las armas.

El grupo asintió en silencio. Cada uno revisó su equipo: hojas afiladas, arcos tensados, correas ajustadas. Mientras tanto, Conan volvió su atención al navío mercante, como si los hombres a su alrededor hubieran dejado de existir. Sabía que aquella noche podía terminar en oro o en sangre... o, lo más probable, en ambas. Pero no temía el desenlace. En su pecho ardía un fuego inquebrantable: el llamado del peligro, el placer salvaje de enfrentarse a cualquier desafío que la vida arrojara en su camino. Si el barco escondía trampas, si los hombres que lo protegían estaban dispuestos a morir por su carga, no eran más que obstáculos que el cimmerico aplastaría bajo su voluntad y su acero.

Con los ojos clavados en el mástil mayor, Conan dejó que sus palabras cortaran el aire una vez más:

—Cuando la luna esté sobre el mástil mayor, atacaremos.

El efecto de sus palabras fue inmediato. Los hombres, que momentos antes tamborileaban sus dedos ansiosos sobre las empuñaduras de sus armas o susurraban nerviosos al oído del vecino, se tensaron como arcos listos para disparar. Algunos mostraban un entusiasmo casi febril, bestias hambrientas que sueñan con un festín de riquezas prometidas. Otros, en cambio, movían la cabeza con cautela, escudriñando las sombras y el entorno con el recelo de quienes sabían que, en un golpe como este, la traición podía surgir tan rápido como el filo de una espada.

Conan no necesitaba mirarlos. No hacía falta. Sabía que su voz ya había encendido la codicia que ardía en sus corazones. El licor barato quedó olvidado, las dagas fueron envainadas, y los murmullos se apagaron. La tensión era palpable, el preludio silencioso de una tormenta de acero y sangre. La luna, alta en el cielo, parecía observar con indiferencia el drama que estaba a punto de desarrollarse en aquel oscuro puerto.

La luna continuó su ascenso, lenta pero inexorable, bañando el puerto en un resplandor mortecino que parecía intensificar el peso de lo inevitable. Conan permanecía inmóvil, como una estatua forjada en hierro. En su interior, lo que lo impulsaba no era la promesa de un saqueo, sino una llama indómita que ardía en lo más profundo de su ser, una necesidad visceral de enfrentarse a lo desconocido, de probarse una vez más contra el filo del destino. Había recorrido tierras donde las sombras ocultaban asesinos en Zamora, profanado templos malditos en Estigia que transpiraban el hedor de antiguas maldiciones, cruzado desiertos ardientes más allá de Shem donde la sed era más mortal que cualquier espada, y se había internado en las junglas de los Reinos Negros, donde tambores de guerra resonaban bajo cielos de fuego y dragones de formas inhumanas acechaban en el follaje. En cada lugar había desafiado a bestias y a enemigos mortales, y también a los propios límites de su cuerpo y su voluntad.

El crujido de los aparejos y el gemido de las maderas del puerto apenas rompían el silencio que se extendía sobre el grupo. Fue entonces, cuando la quietud parecía un presagio más ominoso que cualquier tormenta, que una figura emergió de las sombras como un espectro invocado por el destino. Bajo la tenue luz de las antorchas, apareció una mujer que reclamó instantáneamente la atención de todos los presentes. Su cabello oscuro y rizado danzaba con el viento nocturno, enmarcando un rostro marcado

por la fiereza. Sus ojos, como brasas, brillaban con una intensidad que pocos hombres podían sostener sin sentirse quemados. Sus labios curvados en una sonrisa afilada parecían más peligrosos que cualquier hoja envenenada.

Se movía con la fluidez letal de una pantera, cada paso impregnado de una confianza salvaje que hacía innecesarias las palabras. Su sola presencia bastaba para atraer la atención de los hombres de Conan, que la observaron con una mezcla de desdén, desconfianza y lujuria mal contenida. Las botas altas que llevaba resonaron suavemente contra los adoquines húmedos del muelle, y su sonido se entrelazó con el murmullo de las olas y el crujir de los barcos.

Bajo una capa oscura, una camisa de lino ajustada al cuerpo se ceñía con un cinturón negro adornado con hebillas grabadas y bolsas que prometían contener secretos más mortales que monedas. En su cadera colgaba una espada de guardia compleja, cuyo brillo oscuro sugería un acero bien probado en combate. No necesitaba adornos innecesarios para imponer su autoridad: el aura de peligro que emanaba hablaba por sí misma.

Conan no se movió, pero la estudió detenidamente. Había algo en ella que trascendía su apariencia o el modo en que dominaba su entorno. No era solo una guerrera, ni una simple corsaria; su mirada albergaba un desafío que pocos hombres se atrevían a dirigirle al cimmerico. Dedujo que había viajado por mares lejanos y conocido peligros que él mismo aún no había enfrentado. Las hebillas de su cinturón estaban marcadas con símbolos que Conan no reconoció, pero que hablaban de tierras exóticas y culturas desconocidas. Incluso las arrugas en el cuero de sus botas sugerían caminatas a través de pantanos traicioneros y junglas impenetrables. Aquella mujer no llevaba en los ojos un atisbo de

ingenuidad, sino la chispa de alguien que había visto la muerte de frente y había aprendido a sonreírle.

— ¿Eres tú quien está al mando de estos perros? — preguntó la mujer, su voz baja pero cargada de autoridad, como un cuchillo deslizándose por el aire.

El grupo de hombres, acostumbrados a las vulgaridades de las mujeres de taberna y a las órdenes vociferantes de las matronas de burdeles, se quedó perplejo ante aquella figura. Para Conan, sin embargo, aquel descaro no era una rareza. Había cruzado caminos con reinas traicioneras, sacerdotisas insidiosas y guerreras indómitas. Sabía reconocer a una mujer que además de pronunciar palabras afiladas sabía respaldarlas con acero.

— ¿Y quién eres tú para hablarme así, mujer? — respondió Conan, con un tono teñido de burla ligera. Sus labios esbozaron una sonrisa apenas perceptible, pero sus ojos no abandonaron su vigilancia. Aunque su voz parecía despreocupada, su cuerpo entero estaba alerta. Había aprendido que las palabras a menudo eran preludio del peligro, y aquella mujer parecía una maestra tanto de la dialéctica como del combate.

Los hombres de Conan intercambiaron miradas furtivas y reposaron instintivamente sus manos reposando sobre las empuñaduras de sus armas. Intuían que la tensión entre aquella mujer y su líder era un preludio de algo que ninguno podía predecir. Pero Conan permanecía imperturbable, una estatua de fuerza y calma contenida, mientras el destino, una vez más, comenzaba a tejer sus hilos a su alrededor.

La mujer no titubeó ante la réplica de Conan. Su sonrisa afilada se ensanchó apenas, y durante un instante, sus ojos chispearon con un destello de diversión, como si hallara placer en el enfrentamiento. La brisa nocturna jugó con un mechón de su cabello oscuro, que le rozó el rostro sin que ella hiciera el menor intento de apartarlo. En su lugar, inclinó

ligeramente la cabeza, estudiando al cimmerio con la misma intensidad con la que él la había observado momentos antes. En su expresión, Conan creyó ver algo más que un desafío: una chispa de reconocimiento, como si ambos entendieran algo que no necesitaba ser dicho.

— Alguien que sabe reconocer a un hombre que no teme ensuciarse las manos por lo que quiere — respondió ella, su tono cargado de una confianza que rozaba la provocación.

Conan la observó en silencio, su rostro tan inescrutable como una montaña bajo la tormenta. Había aprendido, a lo largo de innumerables encuentros, que no siempre valía la pena responder con rapidez. Algunos desafíos se enfrentaban con el filo de la espada, otros con palabras, y otros con el simple peso del silencio. Este era uno de esos momentos. El cimmerio no sabía aún qué buscaba aquella mujer, pero lo descubriría pronto. Y si ella pretendía jugar con él, aprendería rápidamente que Conan no era un hombre que aceptara perder, ni siquiera en un duelo de voluntades.

— Soy Yelira, capitana del Águila Negra — continuó, dando un paso adelante para acortar la distancia entre ambos. Sus botas resonaron suavemente contra los adoquines del muelle, un eco que parecía amplificar sus palabras en el aire cargado de tensión. — Y tengo una oferta que podría interesarte. No hablamos de simples baratijas o botín corriente... — añadió, dejando que el silencio se asentara por un momento antes de clavar su mirada en Conan —, sino de un tesoro que hace que cualquier otro palidezca en comparación.

Un murmullo se extendió entre los hombres de Conan. Hasta entonces, habían permanecido callados, atentos al intercambio como depredadores que observan un duelo entre dos fieras. Pero las palabras de la mujer despertaron un nuevo interés, un destello de codicia mezclado con

incertidumbre. El nombre del Águila Negra no era desconocido en los puertos de Argos y más allá. Su reputación era el tipo de historias que los hombres compartían en tabernas con el tono bajo de quien teme atraer la atención equivocada. Era un navío corsario que, según decían, había saqueado más mercantes de los que se podían contar, y no pocos barcos de guerra habían caído también bajo sus embestidas. Se hablaba de maniobras tan osadas que rozaban lo suicida y de hazañas que desafiaban la lógica. Pero lo que más inquietaba no era la nave en sí, sino la capitana que la comandaba.

Yelira. Un nombre que inspiraba tanto respeto como temor. Los rumores hablaban de su habilidad con la espada, comparable solo con la destreza de su lengua, capaz de enredar a hombres curtidos en palabras que los llevaban a la ruina. Se decía que había enviado a no pocos guerreros a la muerte o a las cadenas simplemente por subestimarla. Pero lo que más alimentaba su leyenda era la sombra de los tesoros que buscaba y los que, según algunos, había encontrado.

Conan permaneció impasible, aunque su mente trabajaba con la precisión de un artesano evaluando cada palabra y gesto de la mujer. Algo en su porte, en la manera en que controlaba el espacio a su alrededor, le decía que Yelira no era de esas que lanzaban palabras vacías al aire. Lo que fuera que ofrecía, tenía peso. Sin embargo, el cimmerico sabía que todo peso tenía su precio.

—¿Y qué hace una capitana como tú, conocida por enfrentarse a flotas enteras, hablando con un grupo de perros como nosotros? —preguntó Conan, con una sonrisa apenas perceptible que no alcanzó a suavizar la dureza de su tono.

Los hombres a su alrededor se tensaron, algunos ofendidos por las palabras de su líder, aunque demasiado astutos como para replicar. Pero

Yelira no pareció inmutarse. De hecho, su sonrisa se ensanchó, y en sus ojos brilló una chispa de desafío.

—Porque incluso los lobos más feroces necesitan una jauría para derribar a la presa más grande —respondió, su tono suave, pero cargado de una certeza implacable. Dio otro paso hacia Conan, y esta vez fue imposible ignorar la intensidad de su mirada—. Y yo sé reconocer a un alfa cuando lo veo.

Un silencio cargado se extendió entre ambos. Los hombres observaban, inmóviles, conteniendo la respiración como si el aire mismo hubiera adquirido peso. Conan inclinó ligeramente la cabeza, sus ojos estudiando a la mujer como un guerrero evalúa el filo de una espada desconocida. Había peligro en Yelira, pero también oportunidad. Y, por experiencia, sabía que esas dos cosas a menudo venían juntas.

—Habla —dijo finalmente. —Pero si intentas engañarme, no habrá barco ni océano que te salve de mi ira.

Yelira inclinó la cabeza en un gesto casi reverencial, aunque el brillo en sus ojos no disminuyó ni un ápice.

—No necesito salvarme, cimmerico. Mi oferta hablará por sí misma.

Y con esas palabras, la tensión que ya era palpable en el aire se tensó aún más, como la cuerda de un arco lista para disparar. La noche aún no había desatado todo su drama, pero el destino ya comenzaba a jugar sus cartas.

Conan alzó una ceja, pero no respondió de inmediato. Dejó que el silencio se prolongara, como un depredador que mide a su presa antes de atacar. Había aprendido que a menudo el que habla menos es quien domina la conversación, y este era un juego que había perfeccionado durante su vida de saqueador y mercenario. Finalmente, después de un instante que pareció eterno, sus labios se torcieron en una mueca apenas

perceptible, y su voz, baja y burlona, rompió la quietud.

—He oído promesas como esas antes, Yelira. Tesoros que “hacen que cualquier otro perezca en comparación” —repitió, enfatizando las palabras con un tono cargado de escepticismo—. La mayoría no eran más que cuentos de taberna para engatusar a necios codiciosos. ¿Qué te hace pensar que yo soy uno de ellos?

La sonrisa de Yelira se ensanchó, como si hubiera esperado precisamente esa respuesta. Dio un paso más hacia él, reduciendo aún más la distancia entre ambos, lo suficiente para que Conan pudiera percibir la intensidad de su mirada, libre de cualquier rastro de temor.

—No estoy aquí para embaucarte, bárbaro —replicó con calma—. Si quisiera engañarte, ya estarías muerto o encadenado. Lo que te ofrezco no es un truco ni una promesa vacía. Es una alianza. Y créeme, cuando escuches lo que tengo que decir, entenderás que mi palabra vale más que cualquier oro en este puerto.

Conan mantuvo su mirada fija en ella, sus ojos helados evaluando cada gesto, cada palabra. En su experiencia, la verdad y la mentira a menudo se mezclaban en proporciones iguales, y esta mujer parecía experta en ambas. Pero lo que dijo no sonaba como una simple oferta, sino como el preludio de algo mucho más grande que un saqueo ordinario. Finalmente, una sonrisa leve se dibujó en su rostro, aunque sus ojos permanecieron tan fríos como la noche.

—Habla, mujer. Tienes mi atención... por ahora —dijo, su tono tan firme como una advertencia.

Yelira no se apresuró a responder. Dejó que el silencio volviera a reinar, mientras sus ojos, como los de un lobo que mide a su igual, recorrían el círculo de hombres que los rodeaban. Los murmullos se alzaron entre ellos, fragmentos de leyendas y rumores que flotaban como ecos en la brisa

nocturna. Algunos mencionaron nombres de tesoros perdidos; otros, palabras cargadas de miedo y superstición. Pero ninguno se atrevió a interrumpir directamente. Conan, por su parte, permaneció inmóvil, su atención clavada en la mujer, mientras esperaba con la paciencia de un depredador.

Finalmente, Yelira habló, y su voz resonó con la gravedad de un secreto que pocos se atreverían a compartir.

—Te aseguro que esto es diferente —dijo, su tono bajando como si sus palabras fueran un susurro peligroso que el viento mismo debía temer—. No hablo de cofres llenos de joyas o de cargamentos de especias traídos desde Lemuria. Hablo de Khal-Turath.

Al escuchar el nombre, incluso los murmullos más lejanos de los hombres de Conan se apagaron como si la noche hubiera contenido el aliento. Conan no apartó la mirada de Yelira, pero notó cómo el nombre pesaba en el aire, una sombra más oscura que cualquier nube que cubriera la luna.

Yelira, consciente del efecto que sus palabras habían causado, hizo una pausa deliberada, dejando que el peso del nombre se asentara antes de continuar.

—Una fortaleza perdida en las profundidades de la jungla, allí donde ningún mapa puede guiarte y ningún mercader se atreve a pisar. Su entrada está oculta entre raíces retorcidas y árboles más viejos que la memoria de los hombres. Pero lo que guarda en su interior... —su voz se tornó más baja, más tensa, obligando a todos a inclinarse ligeramente hacia ella, como si el secreto mismo los atrajera— no es solo oro, bárbaro. Allí, hombres que no conocen el miedo custodian un templo erigido a una diosa cuyo nombre hace temblar incluso a los nigromantes estigios.

Un escalofrío recorrió a los hombres de Conan. Era como si las palabras

mismas hubieran arrancado algo ancestral de la noche, un eco de terrores olvidados que se deslizó por sus espinas. Las historias de los hechiceros estigios ya eran suficientes para llenar de temor el corazón de cualquier hombre sensato, pero el pensamiento de algo que pudiera infundir miedo incluso en ellos era una perspectiva que ninguno podía ignorar.

Conan permaneció en silencio, pero el brillo en sus ojos cambió sutilmente, como el destello de acero desenvainado. Oro o poder, no importaba qué fuese; lo que fuera que yaciera en Khal-Turath prometía un desafío digno de su atención.

—Dime, Yelira —dijo finalmente, su voz baja pero cargada de un peligro contenido—, ¿qué buscas en esa fortaleza? Porque no parece que seas de las que comparten tesoros por bondad.

La sonrisa de Yelira volvió, más afilada que nunca.

—No busco tu bondad, bárbaro. Busco tu fuerza. Khal-Turath guarda secretos que podrían cambiar el mundo... pero también peligros que ningún hombre puede enfrentar solo. Tú y tus hombres sois exactamente lo que necesito para reclamar lo que yace allí. Y si aceptas, la recompensa no será solo oro, sino un lugar en una historia que hará que tu nombre sea recordado mucho después de que los eones futuros hagan olvidar nuestra época.

El aire parecía cargado de energía, y Conan sintió cómo el peso de aquella promesa caía sobre él. Pero no respondió de inmediato. Sabía que cada palabra, cada paso hacia adelante en esta alianza, lo llevaría más allá de los límites que había conocido. Y, aunque la curiosidad ardía en su pecho como el fuego de una fragua, no era un hombre que tomara decisiones a la ligera.

Conan escuchó en silencio. La mención de Khal-Turath resonaba en él de una forma que no podía ignorar. A lo largo de su vida, había enfrentado

horrores que desafiaban las leyes de la naturaleza y la razón, cosas que el acero no siempre podía cortar. Era conocedor de que en el mundo existían secretos oscuros, tesoros que podían ser tanto una bendición como una maldición, y las palabras de Yelira, cargadas de misterio, parecían despertar ecos de antiguas leyendas que prefería no recordar.

—Hombres sin miedo y una diosa que hace temblar a los hechiceros...  
—repitió Conan lentamente, su tono ahora calculador, despojado del sarcasmo inicial—. Y dime, Yelira, ¿por qué tú, una capitana corsaria, vienes a mí con esa historia? ¿Qué esperas ganar de todo esto? Porque no soy un hombre que sigue órdenes... ni siquiera de una mujer con una lengua tan afilada como la tuya.

Los ojos de Yelira destellaron, reflejando una chispa de desafío que podía confundirse con diversión. Su sonrisa se curvó ligeramente, y dio otro paso hacia Conan, reduciendo aún más la distancia entre ambos. Parecía disfrutar de ese juego de poder, de esa danza de voluntades que pendía sobre un filo tan peligroso como el de una espada.

—No espero que sigas órdenes, cimmerico. Tampoco busco esclavos ni lacayos —replicó, con una seguridad en su voz que parecía cortar el aire—. Lo que busco es un compañero, alguien con el valor y la fuerza para enfrentar lo que ni siquiera yo puedo encarar sola. Si el botín no te interesa, tal vez el peligro sí lo haga. O tal vez... —añadió, bajando la voz hasta convertirla en un susurro cargado de insinuación— simplemente no puedes resistir la oportunidad de medirme contra algo que ni los hombres ni los dioses pueden dominar.

Conan no respondió de inmediato. Pero sus ojos, oscuros y penetrantes, brillaron con algo que ella reconoció al instante: el destello de un hombre que nunca había aprendido a rechazar un desafío. En su interior, la chispa del deseo de enfrentarse a lo desconocido ardía como una fragua en medio

de la tormenta.

Yelira continuó, como una cazadora que sabe que la presa ha caído en su trampa.

—En Khal-Turath hay algo que pocos han visto y aún menos han vivido para contarlo. Un artefacto antiguo, escondido en lo más profundo del templo.

La capitana corsaria dejó que sus palabras calaran hondo antes de inclinarse ligeramente hacia él, reduciendo la distancia entre ambos hasta que su rostro estuvo a apenas un par de palmos del suyo. Su voz descendió, cada palabra cuidadosamente calculada para sembrar intriga y avivar la llama de la curiosidad.

—Dicen que este artefacto está protegido por los monjes guerreros de Khal-Turath, hombres que han dedicado sus vidas a una diosa que la mayoría ha olvidado: la Dama del Mar Occidental. También dicen que esa diosa exige ofrendas de sangre y almas, y que quienes profanan su templo no regresan jamás. Pero esto no es un cuento para asustar a niños, Conan. Hablo de algo real.

Su voz bajó aún más, como un veneno que gotea lentamente, insidioso, imposible de ignorar.

—El artefacto es conocido como el Corazón de Astarat. Una reliquia que, como todo lo que tiene un valor verdadero, no se entrega fácilmente. Dicen que su poder no tiene igual: puede cambiar el curso de una vida... o terminarla de formas terribles. Si tú, Conan, tienes el valor de adentrarte conmigo en el templo, desafiar a los guardianes y reclamar lo que han protegido durante siglos, el poder y la gloria serán nuestros.

Conan permaneció en silencio, su expresión imperturbable como una roca azotada por el viento. Pero por dentro, las palabras de Yelira ya habían encendido algo. No era ajeno a las leyendas ni a los secretos

oscuros del mundo. Había oído antes de artefactos envueltos en mitos, reliquias que desbordaban un poder que escapaba al entendimiento humano. Años atrás, en su juventud como ladrón, había robado el Corazón del Elefante, una gema tan vasta y extraña que su sola visión podía trastornar la mente de los hombres, aunque no había podido gozar de ella demasiado tiempo.

Finalmente, sus labios se curvaron en una sonrisa leve, aunque fría como el hielo. Sus palabras salieron con la precisión de un cuchillo desenvainado.

—Hablas bien, mujer. Pero ¿por qué debería creer en tus palabras? ¿Qué pruebas tienes de que este Corazón de Astarat es real?

Yelira se mantuvo firme, sin desviar su mirada de la de Conan. Su sonrisa se ensanchó, como si hubiera anticipado esa pregunta.

—No espero que confíes en mí ciegamente, bárbaro. Pero he visto cosas que muchos hombres considerarían imposibles. He navegado hasta islas que no aparecen en ningún mapa y he encontrado reliquias que se suponían perdidas. El Corazón de Astarat es real, y su existencia es la razón por la que Khal-Turath sigue siendo un lugar que incluso los mercaderes más codiciosos temen mencionar. Pero no te pido que creas mis palabras... solo te pido que vengas a verlo por ti mismo.

Conan inclinó ligeramente la cabeza, evaluándola con una intensidad que habría quebrado la voluntad de cualquier hombre. Pero Yelira no apartó la mirada. Era una mujer acostumbrada a caminar por la línea del peligro, y estaba claro que no temía lo que veía en los ojos del cimmerico.

El silencio se alargó un instante más antes de que Conan hablara.

—Si el Corazón de Astarat es lo que dices, encontrarlo no será fácil. Pero si estás dispuesta a arriesgarte tanto como tus palabras prometen, tal vez valga la pena ver de qué se trata este desafío.

La sonrisa de Yelira se hizo aún más pronunciada, un gesto que no era tanto de satisfacción como de triunfo anticipado.

—Entonces prepárate, bárbaro. Porque lo que hay en Khal-Turath no es para los débiles.

El aire entre ambos pareció volverse más pesado, cargado de promesas y peligros que aún no podían ser comprendidos del todo. La noche avanzaba, y en algún lugar, Khal-Turath aguardaba, oculta tras raíces retorcidas y secretos enterrados bajo siglos de silencio.

Yelira levantó una mano hacia su cuello, donde un colgante descansaba oculto bajo su capa. Lo sacó con cuidado y lo alzó frente a Conan. Era un medallón tallado en un material que no era ni metal ni piedra, pero cuya superficie parecía viva. Símbolos extraños y ajenos a todo lenguaje humano recorrían su cara, y un brillo tenue, como una llama invisible atrapada en su interior, danzaba bajo la luz de la luna.

—Encontré esto en los bordes de la jungla —dijo Yelira, con voz grave—, en una aldea destruida por los fanáticos de Khal-Turath. Este medallón marca a quien busca el Corazón de Astarat. Los guardianes del templo lo reconocerán... y también lo hará el Corazón mismo. Si este medallón no es prueba suficiente para ti, bárbaro, entonces nada lo será.

Conan observó el objeto detenidamente, su mirada fija en los símbolos resplandecientes. Era imposible para él discernir su significado, pero había algo en la joya, una cualidad intangible que parecía desafiar lo natural. Sin embargo, el cimmerico no permitió que la fascinación lo dominara. Había aprendido que incluso las cosas más impresionantes podían ser mentiras vestidas de verdad.

—Bien, mujer —dijo finalmente, con un tono bajo, pero cargado de firmeza—. Si lo que dices es cierto, y este Corazón es tan poderoso como afirmas, iremos a Khal-Turath. Pero si intentas jugar conmigo, te aseguro

que no necesitarás temer a los monjes ni a su diosa.

La amenaza era clara, una promesa más contundente que cualquier juramento, pero Yelira rió suavemente, como si la advertencia del cimmerico solo reforzara su decisión.

—No soy una mujer que juegue con hombres como tú, Conan. Pero sí soy una mujer que sabe elegir sus aliados. Ya habrá tiempo para amenazas. Ahora escucha.

El cimmerico cruzó los brazos sobre su pecho, con su rostro pétreo como el granito, pero sus ojos permanecieron atentos. Ella continuó, su voz convirtiéndose en un susurro cargado de mitos y verdades a medias.

—Khal-Turath no es solo una fortaleza. Es un lugar que pertenece a otra era, un vestigio de un tiempo en que los hombres caminaban al borde de lo divino. Allí, en medio de la jungla, se alza un templo dedicado a Dagon-Khal, la diosa de las profundidades del Mar Occidental. Los monjes que lo custodian no son simples hombres, Conan. Son fanáticos que han consagrado sus vidas y su muerte a proteger sus secretos. Cuentan las historias que su devoción es tan intensa que ni la muerte puede liberarlos de su deber.

Conan escuchó en silencio. Había visto fanatismo antes, hombres que luchaban con un fervor que el miedo no podía doblegar. Y sabía que ese tipo de adversario era tan peligroso como las trampas más mortales.

—Los tesoros de Khal-Turath no son como los que encontrarías en las cámaras de un rey o en los almacenes de un mercader —continuó Yelira, su voz ahora teñida de misterio—. Oro y gemas recolectados a lo largo de generaciones, reliquias que se remontan a los días en que los dioses todavía miraban con interés a los hombres. Pero, como te dije, lo más valioso no es el oro. Es lo que yace en el corazón de la fortaleza: el Corazón de Astarat.

El nombre resonó en el aire como un eco que parecía vibrar en los huesos. Los hombres de Conan intercambiaron miradas de incertidumbre y miedo, pero él no parpadeó. Había oído rumores de ese nombre antes, susurrados entre ladrones y mercaderes que comerciaban con lo prohibido. Ahora, esas leyendas parecían cobrar forma frente a él.

Yelira bajó la voz, inclinándose ligeramente hacia Conan, como si cada palabra estuviera dirigida únicamente a él.

—Dicen que el Corazón de Astarat no es una joya ni una simple reliquia. Es un fragmento del poder de Dagon-Khal misma. Un artefacto que puede transformar la vida de quien lo posea, otorgando una fuerza y un poder que trascienden todo lo humano. Pero también hay quienes aseguran que es una maldición, que su portador estará condenado a perder todo aquello que ama, hasta que no quede nada salvo la soledad y la muerte.

Mientras Yelira hablaba, Conan podía sentir el calor opresivo de la jungla, el peso de su humedad y el eco distante de tambores que resonaban como el latido de un corazón inmenso. En su mente se formaban imágenes de árboles colosales, bestias acechando en la penumbra, y el oscuro templo alzándose como un desafío que parecía llamarlo directamente.

Finalmente, Yelira terminó, sus ojos fijos en los de Conan, su voz baja pero cargada de una fuerza que no admitía dudas.

—No será fácil, bárbaro. Pero sé que tú eres el hombre que puede hacerlo. Tú y yo podemos conquistar Khal-Turath y reclamar lo que allí se oculta. Nadie más tiene el valor ni la fuerza para intentarlo.

El cimmerico permaneció inmóvil. Sus ojos azules la evaluaban con una intensidad que habría quebrado la voluntad de muchos, buscando cualquier signo de mentira, cualquier sombra de duda. Pero no encontró nada. Si Yelira estaba mintiendo, era la mejor mentirosa que había

conocido. Y si no lo estaba, entonces lo que ella ofrecía era algo que pocos hombres podían rechazar.

Finalmente, una sonrisa lenta y feroz apareció en el rostro de Conan.

—Hablas demasiado, mujer —dijo, su tono cargado de una amenaza implícita—. Pero por esta vez, te creeré. Iremos a Khal-Turath... y veremos si tus palabras valen algo más que el viento.

Yelira respondió con una sonrisa aguzada, cargada de desafío y complicidad.

—Prepárate, bárbaro. Lo que nos espera hará temblar incluso al más valiente.

Conan no respondió de inmediato, dejando que sus ojos recorrieran a los hombres que los rodeaban. Finalmente, añadió con tono bajo y decidido:

—Primero, terminemos lo que tenemos pendiente. Luego, iremos a Khal-Turath... y veremos si esa jungla tiene el poder de doblegarme.

Sin saberlo, esa noche marcaba el inicio de una de las pruebas más grandes de su vida. El camino que se extendía ante él estaba envuelto en oscuridad y peligro, pero Conan sabía que el único rumbo era hacia adelante, hacia el corazón de la jungla y el destino que lo aguardaba en Khal-Turath.